

**“Antes, durante y
después de las guerras”
(selección de textos)**

**EL DÍA DE LAS ESCRITORAS - BNE
2022 - CARMEN DOMINGO**

“Antes, durante y después de las guerras”

EL DÍA DE LAS ESCRITORAS – BNE

2022 - CARMEN DOMINGO

La séptima edición de *El Día de las Escritoras* se adentra en un tema tan complejo y heterodoxo como la guerra desde el punto de vista de las mujeres.

Una selección de textos que, en gallego, euskera, catalán y en muchos de los acentos del castellano de Latinoamérica y España escribieron un puñado de mujeres que, a día de hoy, nadie podrá dudar forman parte de algo tan extenso como la cultura en español, por más que, desafortunadamente, muchas de ellas casi ni son conocidas más allá de sus fronteras.

La mayoría de esas mujeres vivieron, de un modo u otro, la experiencia nefasta de distintas guerras -en el más amplio de sus sentidos- y sus secuelas y han dejado de un modo u otro su testimonio por escrito.

Mujeres que, desde distintas disciplinas nos han transmitido su visión, a pesar de que alguna de ellas nunca haya publicado un libro: plumas de lo cotidiano, plumas desde el frente, plumas en la desesperación del exilio, plumas desde el cuidado de los hijos, plumas en la prensa, plumas políticas, y plumas medioambientales... plumas, al fin, que nos hablan de tú a tú de lo vivido sin necesitar florituras y que podemos sentir como si nos hablaran nuestras madres, nuestras abuelas o nuestras amigas. Mujeres, al fin, que han vivido o sufrido la guerra.

En definitiva, una selección de textos en la que no solo hay un sinfín de profesiones representadas, sino también una selección donde podremos ver a las mujeres en distintas facetas organizándose, luchando, exiliándose, guardando silencio, perdonando, formando parte del conflicto armado...

Y aunque es cierto que en España tenemos todavía la sombra de la guerra civil. Una guerra fratricida que un señor bajito de voz atiplada decidió iniciar impidiendo que los avances democráticos y modernizadores, sin olvidar que igualitarios, que empezaba a sembrar la Segunda República Española llegaran a buen puerto. No quería ceñirme a un solo conflicto, ni a un solo país, porque el Día de las escritoras quiere hablar en muchos de los acentos del español, y

en todos los países de habla hispana las mujeres han mostrado el dolor, la tristeza, la rabia, la vergüenza, la indignación... frente a las guerras.

Porque, como no podía ser de otro modo, muchos han sido los conflictos bélicos en el ámbito hispano en los que nuestras protagonistas de hoy han participado. Es más, la suerte quiere, o para ser más exacta, la variedad de plumas y, por desgracia, de conflictos con los que contamos, que ampliemos el lugar desde el que nos hablan.

Como digo, alejémonos de los terrenos peninsulares, porque, como imaginan, guerras ha habido y muchas, en: El Salvador, Colombia, México, Argentina, Uruguay, Chile, Guatemala, Cuba, Venezuela, República Dominicana... Conflictos bélicos, largas dictaduras tan presentes en sus países de origen, y con tanta necesidad de ser recordados para evitar una repetición, como lo ha sido nuestra Guerra Civil.

Me dispuse entonces a localizar mujeres que, de un modo otro, reflejaron las “guerras” en sus países de origen para tratar de dar en este día una representación, tan amplia como merecida, de lo sucedido.

Así, junto a plumas de nuestra literatura peninsular, como Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Carmen Martín Gaité, o Almudena Grandes, nos acompañarán la hondureña Berta Cáceres, la mexicana Rosario Castellano, la guatemalteca Alaíde Foppa, la chilena Ángela Jeria, o la argentina María Eugenia Walsh, entre otras.

Sí, lo sé, aunque son muchas las mujeres que nos acompañan, también son muchas las que faltan. Este recorrido, no agota, como podéis imaginar, el inmenso catálogo de las mujeres que han contribuido a su difusión. Tendrá que haber, me temo, otros días de las escritoras en los que hablemos de aquellas que no han hablado hoy.

Pero recordar ayuda a no repetir, y espero que todas ellas nos ayuden a tenerlo presente. Porque, en palabras de Juana Doña “las mujeres no han sido un “grano de arena” en la lucha de resistencia, sino, muy al contrario, sin la participación abnegada de miles de mujeres en todos los frentes, desde la pasividad silenciosa traducida en el “descanso del guerrero” hasta la guerrilla, pasando por la participación activa de la lucha clandestina, hoy no se habría conquistado este derecho de presentarnos con nuestros nombres”.

Disfrutemos pues de los textos y del feminismo no verbalizado en muchos casos, pero vivido por todas ellas, porque, cada una a su modo, y cada una en su mundo, luchó para que el día de mañana tuviéramos un mundo más justo e igualitario. Ojalá lo consigamos algún día.

Concepción Arenal (1820 - 1893)

Cuadros de la guerra carlista (1880)

ESPAÑA – experta en derecho, periodista, poeta

¡El derecho de la guerra! Hay una cosa que se llama así; asunto sobre el cual se escriben libros, se discuten tesis y se celebran congresos internacionales. ¿Cómo pueden armonizarse dos elementos que se repelen constantemente, sin que en ninguna circunstancia tengan afinidad de ningún género? El derecho es la medida, la circunspección, la dignidad, la lealtad, la justicia; la guerra es la temeridad, la violencia, la injusticia y la traición. Y si no se dice la dulzura de lo amargo, la blancura de lo negro, la luz de la obscuridad, ¿cómo se habla del derecho de la guerra, cuando no se usa en el sentido del que tiene la defensa legítima en caso de ataque injusto, sino de las leyes a que deben sujetarse los combatientes que se conforman con los preceptos de justicia y las reglas del honor? (...) La guerra es un monstruo feroz con miles de arpones, miles de dientes y miles de garras; una maligna, prodigiosa bestia que cruza los aires, marcha sobre las aguas y penetra en las entrañas de la tierra, lanzando la destrucción y la muerte por su boca pestilente y sus ojos de fuego.

Los primeros hombres, fascinados por su poder, aterrados por su crueldad, temblaron y adoraron a la furia y la levantaron altares. Ni protesta contra su autoridad ni límite a su poder. Hacía cadáveres, esclavos, siervos, castas, clases; pasaba por las naciones y quedaban aniquiladas; tocaba los imperios y se desplomaban.

Transcurrieron siglos y la razón empezó a combatir el absurdo, la conciencia a rebelarse contra la injusticia, la compasión a protestar contra la crueldad; porque, crueldad, absurdo e injusticia son los elementos constitutivos de la guerra.

Emilia Pardo Bazán (1851-1921)

Crónicas de España, *La Nación* (1915)

ESPAÑA - escritora

Me he propuesto huir como del fuego de la política. Me lo prescribe la más elemental prudencia. Me lo impone, además, el hecho tan notorio de que la mujer carezca de derechos políticos. Dada esta situación de la mujer, lo que haga en política tendrá que ser siempre un vuelo de gallina, un intento frustrado. El hombre (y hablo absolutamente en general, sin referirme en especial a nadie) no vacila en servirse de la mujer para fines políticos, y la embarca como ahora suele decirse, en protestas, en manifestaciones, en algunos actos colectivos que generalmente tienden a determinados fines, íntimamente relacionados con la política. Los partidos graves, conservadores, tienen sus damas blancas; los radicales, sus damas rojas. Lo que no tiene partido alguno, que yo sepa, en su programa, es un artículo por el cual se pida y se conceda, llegado el momento, los derechos políticos a la mujer. Y mientras un partido no abrace esta causa, no me inscribiré en sus filas. Sería peor delito: sería una simplicidad, el afiliarse sin esperanza ni objeto. La simplicidad fuera todavía mayor partiendo de una mujer que ha conseguido hacerse oír algo por el público. ¿Ni aun las que están en este caso pueden gozar de la plenitud de la soberanía? Pues que se abstengan de buscar pan a trastrigo, y que vean claro en el juego del hombre, que es utilizar la influencia femenina cuando le conviene, sin otorgar a las mujeres otro puesto que el de comparsas...

Carmen de Burgos, “Colombine” (1867 – 1932)

En la guerra (Episodios de Melilla) (1909)

ESPAÑA – periodista y escritora

El comedor del Hotel Victoria presentaba un aspecto animadísimo. Una multitud de militares, con trajes de rayadillo, iban de un lado para otro formando pintorescos grupos, en los que jefes y oficiales se confundían con voluntarios aristócratas; de modo que no era raro ver la banda roja de un general entre los sencillos uniformes de elegantes soldados.

Se hablaba en voz alta mezclándose todas las conversaciones; se discutían con calor las más contradictorias noticias, sin lograr ponerse de acuerdo acerca de las versiones de hechos ocurridos allí mismo. En la larga mesa, que ocupaba un ala del comedor, disputaban acaloradamente periodistas, fotógrafos y representantes de agencias telegráficas acerca del resultado de la campaña. De todos los ámbitos de la estancia salían palabras en idiomas extranjeros; había allí súbditos de todas las naciones; corresponsales de los periódicos más importantes de Europa y América; curiosos y desocupados, que acudían a Melilla con el ansia de contemplar el espectáculo de una de las pocas guerras donde se cuentan la tradición salvaje del odio de razas, y gran número de turistas, caprichosos, ávidos de emociones, algunos de los cuales matizaban el conjunto con una extraña nota cómica. (...) Con su equipo de campaña, sus empolvados trajes de rayadillo y el fusil en la mano, los soldados tenían algo de augusto, de imponente, como si les rodeara la aureola misteriosa de un destino cercano. (...) Se esperaba siempre con impaciencia al cartero, los soldados salían al camino para verlos venir, y una vez que habían entregado las cartas de la oficialidad les rodeaban asediándoles a preguntas. Todos esperaban oír sus nombres cuando empezaba el reparto. Cualquier carta que distraía un momento de tedio era recibida con placer. Los que verían defraudadas sus esperanzas no podían dominar su contrariedad y la zozobra venía a unirse a los tormentos de su ausencia. Las preguntas formuladas en voz baja habían de quedar sin respuesta: ¿Qué sucederá? ¿por qué no me han escrito? Algunos no se resignaban. Creían en la carta perdida, en la dirección mal puesta y rogaban que se las buscasen.

Los dichosos se reunían en grupos, leían las cartas en voz alta, las pasaban de mano en mano; en su vida monótona era una distracción, el cambiar impresiones, el comentarlas. ¡Y, sin embargo, todas aquellas cartas decían lo mismo! Bastaría cambiar el nombre para que pudieran servir a todos. Las palabras varían poco cuando el sentir común de las madres y las manadas las animan. Enseguida empezaban a pensar en contestar; los oficiales lo recomendaban y lo aconsejaba el egoísmo de recibir pronto otra misiva. No todos sabían escribir, algunos lo hacían con tanto trabajo que gastaban varios días en su empresa, aprovechando las horas de descanso. Los cabos y los compañeros que sabían bien la letra sufrían la persecución de los analfabetos. Aquellas cartas decían también todas lo mismo. Hablaba solo la pasión. Sería inútil buscar noticias de la guerra. Ellos no sabían nada de los planes de los jefes ni de las circunstancias de la campaña. Su papel se reducía a esperar órdenes, a obedecer puntualmente la severa ordenanza; saber batirse hasta morir o vencer. Lo demás no era de su competencia.

Así es que sus cartas eran siempre el fiel reflejo de su incertidumbre. Si hablaban de algún combate era solo refiriéndolo a su interés personal. Alguna vez aparecía en las líneas un rayo de amor a los jefes o un sentimiento de deseo de venganza contra los marroquíes que les habían hecho experimentar la amargura de una derrota. Se encendía en sus pechos el amor a la patria y narraban sus anhelos de victoria, juntos con el relato de las privaciones de campaña.

María Lejárraga (1874-1974)

Cartas a las mujeres de España (1916)

ESPAÑA – escritora y política

Señoras y paisanas mías: ¿Sabían ustedes que antes de estallar en Europa la inaudita catástrofe de la guerra actual, que no deja lugar a los que piensan más que para pensar en el horror de la matanza y destrucción diarias, eran ustedes, las mujeres, uno de los problemas más apasionantes del mundo moderno?

Sin duda, España es un rincón de tierra un tanto apartado de las corrientes universales de la vida y fuera de las modas y del tango, para los cuales no hay fronteras que valgan, las ideas, costumbres y preocupaciones del mundo moderno, en general, nos llegan con bastante retraso y nos traen bastante sin cuidado. Seguimos barriendo las calles con escoba y sacudiendo en casa el polvo con los zorros, como si no se hubiese descubierto sistema mejor de limpieza; pero, a pesar de nuestro formidable espíritu “conservador”, por no llamarle con peor nombre, estoy segura de que han oído ustedes algún día hablar de feminismo... aunque sea para burlarse de él. Habrán ustedes oído decir a sus maridos que hay por ese “extranjero” de Dios o del diablo, mujeres que quieren votar y hasta vender el voto como un hombre cualquiera; otras, que intentan ser alcaldes y aún comerse los fondos del municipio, como un hombre también; otras, que hablan en mítines para pedir derechos, igualdad, libertad... Sí, señoras: antes de la guerra, los derechos de ustedes eran problema mundial, y unas cuantas mujeres exaltadas se han querido dejar morir, sencillamente de hambre, para encontrarle la solución. Otro día, cuando acabe la guerra, hablaremos del heroísmo extraño de esas bravas hembras que, por defender la justicia de su causa, lo arrostran todo... hasta el ridículo. Hoy, si ustedes quieren escucharme un poco, hablaremos de la solución accidental e inesperada que la guerra va a dar al problema, inevitablemente.

¿Sirven las mujeres para tan importantes cosas como los hombres? Señoras mías, el movimiento se demuestra andando. Las mujeres de Francia y de Alemania, donde el servicio obligatorio se ha llevado al campo de batalla a la mayoría de los hombres válidos, se han encargado de desempeñar los empleos que sus maridos desempeñaban, por dar pan a sus hijos, y mujeres guían los coches, y mujeres cobran en los tranvías, y mujeres reparten el correo, y mujeres

están al frente de tiendas y almacenes, y las mujeres, con los hombres viejos, han recogido las cosechas y han hecho la vendimia, y las mujeres labrarán los campos y van a echar al surco la semilla para la mies futura. Mientras la locura de sistemas sociales y de gobiernos regidos por hombres, locura en la cual ellas no han tenido intervención ninguna, ha precipitado a millones de hombres a la muerte, millones de mujeres, sin protesta ni vacilación, han echado valientemente sobre sus hombros la carga material de la vida: los hombres están muriendo por la patria; ellas están salvando la vida de la patria.

María Teresa de Escoriaza (1891-1968)

“La semilla fatal”, *Del dolor de la guerra. Las crónicas de la campaña de Marruecos* (1921)

ESPAÑA – periodista y escritora

Del camión de la Cruz Roja, acabado de llegar de Nador, los enfermeros bajan las camillas con un supremo esfuerzo que contrae sus músculos y enrojece sus rostros. ¡Pesando tanto los heridos! Es que al desplome de los cuerpos postrados por el dolor se une en ellos el decaimiento que sienten en sus almas al verse retirados de la lucha sin poder vengar el golpe que recibieron, y así resulta como si el plomo que llevan clavado fuese enorme en vez de ser diminuto. Mas he aquí que uno de aquellos lechos portátiles sale de las metálicas paralelas donde van fijados de un solo tirón y es descendido con asombrosa facilidad.

—¿Va vacía? —pregunto extrañada.

—No —responde el camillero, que en aquel momento la sostiene por la cabecera con una mano nada más—; lleva un niño.

¿Un niño? En efecto. Es un niño pequeño, muy pequeño. No tendrá más de cinco o seis años. Un moro chiquitín con una “fantasía” y todo. Y está espantosamente herido, según demuestra la sangre en que se empapan los vendajes que ciñen su frente.

Me informo. El chofer sabe la historia. Ha sido recogido el morito junto a la iglesia de Nador. Una mujer, su madre, claro está, fue encontrada muerta junto a él. Huían, sin duda, cuando alcanzó a los dos la explosión de una de nuestras granadas. Ha sentido, pues, además del dolor de la herida, la desesperación de haber llamado inútilmente a quien siempre acudió en su amparo. Por eso, sin duda, ni se queja siquiera. ¡Tal es el horror que siente!

He vuelto junto a la camilla, y contemplando al niño herido, me sumo en una meditación muy honda. ¡Muy honda! No sé apartar mis ojos de los del morito, que fulguran acaso por la fiebre, acaso por...

¡Qué terrible recuerdo trae la inocente criatura! La atroz escena, para él incomprendible, del cañoneo que le hiere y destroza a su madre, y después, más atroz por mejor comprendida, la del llegar de los asaltantes con sus ademanes fieros y sus gritos estentóreos. Sí; eso, y no la fiebre, es lo que hace fulgurar sus

ojos. ¡El recuerdo de un momento espantoso, que ha desgarrado su alma y ha retorcido su corazón, trastornando su cerebro!

Y, a medida que el tiempo pase, el recuerdo que ahora le atormenta se desarrollará para atormentarle más todavía. La cicatriz que marca su frente de indeleble modo será como el surco donde una semilla fue sembrada. Semilla que germinará echando raíces que la afianzarán dentro y elevando tallos que la expandirán por fuera en flores. ¡En flores del mal, ya que es del mal la semilla!

La semilla de la guerra. Un niño herido que ha visto morir a su madre junto a él. Cuando ese niño crezca, ¿qué tendrá que sentir por los que mataron a su madre y a él le hirieron? ¿Y cómo podrá resistir tales sentimientos que habrán de arrastrarle hacia la venganza? Florecerá en él la semilla con la sangrienta flor del asesinato, con la abrasadora flor del incendio, con la ponzoñosa flor de la violación.

Otras flores no pueden dar la guerra con su semilla fatal.

Mercè Rodoreda (1908 – 1983)

La dona i la revolució* (1936) Al·locució pronunciada dins les emissions radiofòniques de l'Associació d'escriptors en Català i reproduïdes a *L'Instant*, (26 d'octubre de 1936), i *Treball

ESPAÑA – escritora (tex. catalán)

El cinema ens dugué la realitat de la guerra i és allà on n'hem sentit tota la crueltat. Hem après que els soldats dels exèrcits enemics eren germans i fills, cadascun d'ells, d'una dona. I hem odiat la guerra que emplena de dol i ruïnes diverses nacions; sense haver-la viscuda, aprenguérem que aquesta era, per tota victòria, morts i fam. I ens ho han confirmat les pàgines dels llibres on eren descrites les batalles per homes que, pel fet d'haver format al front, han enfortit, fent-lo senyera, el mot de «pau». Aquest ha estat el crit de totes les mares. Un pacte de tots els cors. «Pau» ha clamat Franca. «Pau» han suplicat tots els Estats. Trencarem aquesta pau, han dit els dos «valents» d'Europa. I emparats per l'escut d'aquest mot i per la tapadora de les cancelleries, l'un ha trencat pactes, l'altre s'ha apoderat d'una terra que l'enllaminia argüint que feia quaranta anys que prenia paciència respecte a unes preteses provocacions per part d'aquella, com a excusa i descàrrec. I tothom ha callat. I qui ha parlat no ha estat sentit.

Ni raó ni tolerància: violència, violència i violència.

Pegar fort? Doncs a pegar! I avui, a casa nostra, ens hem vist arrossegats a una guerra per un gest violent i opressiu que no sabríem com qualificar.

No és pas la venjança qui ens guia, sinó la necessitat de justa defensa. No és hora d'encendre passions, sinó de procedir amb dignitat i fer ús d'un màxim de disciplina. Dignitat en l'actitud, en les paraules, disciplina en els fets. I són les dones qui han de donar exemple i ésser, alhora, impuls i seguretat.

Confesso que els primers dies de la revolució, quan encara no teníem ni pensament de la guerra, quan tots crèiem que l'entusiasme venceria tots els obstacles, confesso, dic, que veure una noia amb vestit de miliciana, arborant un fusell a la mà, a la portada de qualsevol periòdic, em semblava engrescador. La noia, sempre proveïda d'un aire inconfusible de coratge i valentia, generalment bonica, m'apareixia com el símbol de totes les llibertats.

Però la realitat s'imposava. S'imposa. Veus més autoritzades que no la meva han dit allò que no faré sinó repetir. La dona ha de lluitar a la rereguarda, amb la revolució! Al front, amb fusells, no! Al front a prestar ajut als ferits? És necessari. Per aquestes noies infermeres que exposen la seva joventut (que és un gran desig de viure), tota la nostra admiració i el suport del nostre respecte. Per a ésser un destorb (agradable), però destorb al capdavant, de cap manera.

Em faig càrrec de l'esperit d'aventura, de la voluntat a favor de la causa de totes les Maripepes i Rosites i Fannys, però crec sincerament que, al front, són els homes qui han de guanyar la guerra i que, qui els ha d'empènyer i encoratjar en la lluita cruenta són les dones abnegades que a la rereguarda treballen per a ells i formen l'exèrcit de la seguretat. I això a la ciutat! I al camp si fa falta! Que no es podreixi el blat, que no es perdi cap collita, que no deixin de fer-se les sembrades, que es cullin els fruits. Ni un sol moment la rereguarda no pot deixat de proveir el front. (...) Són milers les dones que fan jerseis per als soldats de la revolució que són germans, fills, promesos. Milers de dones que cusen per tal que no manqui el més imprescindible als milicians. No existeixen llars on no es treballi per als qui lluiten, puix que a cada casa hi ha cambres buides on els passos dels qui esperen ressonen. (...) Hem de fer prevaldre la raó i només així ho aconseguirem. No hem de voler una guerra de represàlies i hem de procurar que el món ho vegi. No que tinguem d'afluixar. Contra les armes, les armes, i contra el vençuts, pietat i respecte. Que cada víctima indefensa que cau per culpa d'irreflexió es converteix en cert enemic poderós que s'aixeca contra nostre. No els veiem, però existeixen i són tan forts que poden ensorrar-nos, malmetre tot l'esforç i negar-nos la victòria.

Si propugnem per una societat millor, per una major equitat, ho hem de demostrar i hem de fugir d'equiparar-nos als qui voldrien fer nostre el seu sistema i enlairar-ne bandera en contra. Hi ha un factor invencible: la força moral. No l'hem de perdre.

TRADUCCIÓN

Mercè Rodoreda (1908 – 1983)

La mujer y la revolución (1936) Alocución pronunciada en las emisiones radiofónicas de la Associació d'escriptors en Català y reproducidas en L'Instant, (26 d'octubre de 1936), i Treball

ESPAÑA – escritora

El cine nos llevó la realidad de la guerra y es allí donde hemos oído toda su crueldad. Hemos aprendido que los soldados de los ejércitos enemigos eran hermanos e hijos, cada uno de ellos, de una mujer. Y hemos odiado la guerra que llena de luto y ruinas a varias naciones; sin haberla vivido, aprendimos que ésta era, por toda victoria, muertos y hambre. Y nos lo han confirmado las páginas de los libros donde estaban descritas las batallas por hombres que, por haber formado en la frente, han fortalecido, haciéndole señera, la palabra de «paz». Éste ha sido el grito de todas las madres. Un pacto de todos los corazones. «Paz» ha clamado Francia. «Paz» han suplicado todos los Estados. Romperemos esta paz, han dicho los dos «valientes» de Europa. Y amparados por el escudo de esta palabra y por la tapadera de las cancillerías, uno ha roto pactos, el otro se ha apoderado de una tierra que la enlazaba arguyendo que hacía cuarenta años que aguantaba pacientemente unas pretendidas provocaciones por parte de aquélla, como excusa y descargo. Y todo el mundo ha callado. Y quien ha hablado no ha sido oído.

Ni razón ni tolerancia: violencia, violencia y violencia.

¿Pegar fuerte? ¡Pues a pegar! Y hoy, en nuestro país, nos hemos visto arrastrados a una guerra por un gesto violento y opresivo que no sabríamos cómo calificar.

No es la venganza quien nos guía, sino la necesidad de justa defensa. No es hora de encender pasiones, sino proceder con dignidad y hacer uso de un máximo de disciplina. Dignidad en la actitud, en las palabras, disciplina en los hechos. Y son las mujeres quienes deben dar ejemplo y ser, al mismo tiempo, impulso y seguridad.

Confieso que los primeros días de la revolución, cuando todavía no teníamos ni pensamiento de la guerra, cuando todos creíamos que el entusiasmo vencería todos los obstáculos, confieso, digo que al ver a una chica con traje de

miliciana, enarbolando un fusil en la mano en la portada de cualquier periódico, me parecía estimulante. La chica, siempre provista de un aire inconfundible de coraje y valentía, generalmente hermosa, me aparecía como el símbolo de todas las libertades.

Pero la realidad se imponía. Se impone. Voces más autorizadas que la mía han dicho lo que no haré sino repetir. ¡La mujer debe luchar en la retaguardia, con la revolución! En el frente, con fusiles, ¡no! ¿Al frente a prestar ayuda a los heridos? Es necesario. Por estas chicas enfermeras que exponen su juventud (que es un gran deseo de vivir), toda nuestra admiración y el apoyo de nuestro respeto. Para ser un estorbo (agradable), pero estorbo, al fin y al cabo, en modo alguno.

Asumo el espíritu de aventura, de la voluntad a favor de la causa de todas las Maripepas y Rositas y Fannys, pero creo sinceramente que, en el frente, son los hombres quienes deben ganar la guerra y que, quien les debe empujar y alentar en la lucha cruenta son las mujeres abnegadas que en la retaguardia trabajan para ellos y forman el ejército de la seguridad. ¡Y esto en la ciudad! ¡Y en el campo si hace falta! Que no se pudra el trigo, que no se pierda ninguna cosecha, que no dejen de hacerse las sembradas, que se cojan los frutos. Ni un solo momento la retaguardia puede dejar de proveer la frente. (...) Son miles las mujeres que hacen jerséis para los soldados de la revolución que son hermanos, hijos, prometidos. Miles de mujeres que cosen para que no falte lo imprescindible a los milicianos. No existen hogares donde no se trabaje para quienes luchan, puesto que en cada casa hay cámaras vacías donde los pasos de quienes esperan resuenan. (...) Contra las armas, las armas, y contra los vencidos, piedad y respeto. Que cada víctima indefensa que cae por culpa de irreflexión se convierte en cierto enemigo poderoso que se levanta contra nuestro. No los vemos, pero existen y son tan fuertes que pueden derrumbarnos, estropear todo el esfuerzo y negarnos la victoria.

Si propugnamos por una sociedad mejor, por una mayor equidad, debemos demostrarlo y huir de equipararnos a quienes querrían hacer nuestro su sistema y despegar bandera en contra. Existe un factor invencible: la fuerza moral. No debemos perderlo.

Carta de Dionisia Manzanero a sus padres (una de las 13 Rosas)

1939 – Desde la Cárcel de Ventas antes de ser fusilada

Queridísimos padres y hermanos,

Quiero en estos momentos tan angustiosos para mí poder mandaros las últimas letras para que durante toda la vida os acordéis de vuestra hija y hermana, a pesar de que pienso que no debiera hacerlo, pero las circunstancias de la vida lo exigen.

Como habéis visto a través de mi juicio, el señor fiscal me conceptúa como un ser indigno de estar en la sociedad de la Revolución Nacional Sindicalista. Pero no os apuréis, conservar la serenidad y la firmeza hasta el último momento, que no os ahoguen las lágrimas, a mí no me tiembla la mano al escribir. Estoy serena y firme hasta el último momento. Pero tened en cuenta que no muero por criminal ni ladrona, sino por una idea.

A Bautista le he escrito, si le veis algún día darle ánimos y decirle que puede estar orgulloso de mí, como anteriormente me dijo.

A toda la familia igual, como no puedo despedirme de todos en varias cartas, lo hago a través de ésta. Que no se preocupen, que el apellido Manzanero brillará en la historia, pero no por crimen.

Nada más, no tener remordimiento y no perder la serenidad, que la vida es muy bonita y por todos los medios hay que conservarla. Madre, ánimo y no decaiga. Vosotros ayudar a que viva madre, padre y los hermanos. Padre, firmeza y tranquilidad.

Dar un apretón de manos a toda la familia, fuertes abrazos, como también a mis amigas, vecinos y conocidos.

Mis cosas ya os las entregarán, conservar algunas de las que os dejo. Muchos besos y abrazos de vuestra hija y hermana, que muere inocente.

Dioni

Luisa Carnés (1905 – 1964)

De Barcelona a la Bretaña francesa (1939)

ESPAÑA – escritora

Cuando se llega hoy al comedor colectivo, echa una de menos a muchos compañeros. A medida que las fuerzas invasoras se aproximan a Barcelona, las fábricas y los sindicatos van quedando vacíos. Los obreros y los dirigentes políticos y sindicales cambian los instrumentos de trabajo y los puestos de dirección por el fusil. Millares de mujeres son incorporadas al trabajo por el Gobierno Negrín. Ante las oficinas de la Comisión de Auxilio Femenino del Ministerio de Defensa Nacional, que realiza activamente el reclutamiento femenino para las tareas de la retaguardia, se alinean constantemente centenares de mujeres. Todas quieren ser útiles a su patria. Mujeres de todas las edades; mujeres de todas las regiones de España; mujeres con niños en los brazos («Si me colocan al niño en algún sitio, podré trabajar»). Esto permitirá poner en pie de guerra nuevos refuerzos masculinos. Mientras, se siguen con creciente ansiedad los partes de guerra, bajo las bombas. Porque, según se acercan los fascistas, aumentan los bombardeos sobre la población. Las sirenas alargan constantemente sus aullidos trágicos de extremo a extremo de la ciudad. Las explosiones se suceden a cortos intervalos, y el ambiente se llena de polvo brillante. Las sirenas de las ambulancias cortan el tráfico. Penachos de humo espeso se disuelven en algunos puntos de la ciudad. Se mira casi con odio a las nubes blancas, que corren transparentes bajo el espacio azul, que ilumina un sol claro. Se sueña en esas lluvias que nos han acariciado algunas noches un reposo sin zozobras; en ese dulce estrépito del agua quebrándose en un terrazo de cinc, mientras se piensa: «Esta noche no vendrán». Y en esas noches se recuerdan tiempos, que la guerra ha hundido en un pasado, que se antoja ya casi lejano: la familia, el trabajo tranquilo, la lectura reposada, los paseos sencillos. «Todo perdido». (¿Para siempre?). Cada cual iba con su destino a cuestas; con sus ilusiones. De pronto hemos sido arrastrados a una existencia de pesadilla; llevamos dos años y medio atenazados por un enemigo cruel que opone a nuestras ansias de libertad millones de toneladas de metralla. Constantemente nuestras mujeres y nuestros niños caen ensangrentados bajo las bombas italianas y alemanas. Restos humanos son recogidos, en inmundas

espuertas, en las calles céntricas de la España republicana. Los ancianos españoles perecen de hambre y las criaturas que no caen bajo las bombas contraen tuberculosis en los hogares de Madrid y Barcelona. Las colonias infantiles están llenas de niños sin padres, y los refugios para adultos de Cataluña albergan a mujeres, medio locas por el dolor, que perdieron a sus hijos en las evacuaciones del norte y de Andalucía; acunan historias repetidas de miseria y espanto. Y en todos los campos de España se desangra en anhelos de independencia la juventud más brava del mundo. ¿Qué hemos hecho para merecer este martirio? «¿Qué hemos hecho?». Cada mujer sin hombre y sin hogar se hace esta pregunta: «¿Qué hemos hecho?». Una ola de invasión nos aplasta, tritura nuestros huesos y nuestros alientos, hora a hora, desde hace cerca de tres años. Una avalancha de muerte empuja a los españoles hacia las más altas cumbres del heroísmo y al fondo de la más dramática y desoladora miseria. «¿Qué hemos hecho?». Negarnos a ser pisoteados en nuestras libertades, en nuestras aspiraciones democráticas.

Encarnación Aragoneses Urquijo “Elena Fortún” (1886 – 1952)

***Celia en la revolución* (1943)**

ESPAÑA - escritora

En el fondo de una galería cosen tres mujeres frente a la ventana abierta y algunos chiquillos juegan con un aro de hierro que atruena el pasillo al caer...

La mujer más alta es la prima de Guadalupe y viene hacia nosotros.

— Esta es la señorita...

—Mujer... no la llames señorita... eso es de burgueses, ¿verdá usted? Sí es de izquierdas preferirá que la digas compañera...

Yo me río. ¡Bah! «En siendo de Zaragoza que me llamen como quieran».

En seguida estoy al tanto de sus desgracias. Tiene siete hijos «que todos caben debajo de un cesto». Su marido era el mejor relojero de Talavera de la Reina. Cuatro oficiales tenía trabajando... que Guadalupe puede decirlo... En su casa sobraba de todo...

—¡Y ya ve usted a dónde hemos venido a parar!

Unas horas antes de la huida ni siquiera podía imaginárselo... Ya hacía varios días que se oían los cañones cerca, pero todos los que llegaban del campo decían que los republicanos resistían bien... Aquella mañana ella vistió a sus niños como todos los días, les dio el desayuno, y ayudó a las criadas a sacar la ropa de la lejía...

—¡Porque ya sabe usted que en una casa hay que estar en todo!

De pronto se comenzó a oír el ruido de tantos aeroplanos que aturdía... Era como si el cielo descendiera hecho motor... y súbitamente, el bombardeo...

La gente corría enloquecida por las calles... se venían abajo las casas, y los trozos de cristales y madera se clavaban en las paredes o penetraban por las ventanas... Ella, con sus niños y su marido apretados contra la pared medianera, que es la más resistente...

Cuando aquellos salvajes acabaron los bombardeos, se fueron por donde habían venido...

—¡Qué cuadro, compañera!

Salieron a la calle y no se podía andar de escombros... de todas partes salía humo... ardían las casas, y los montones de yeso y ladrillos sufrían conmociones...

—¡Porque había mucha gente viva debajo!

Se organizó el salvamento. No se daba abasto a retirar heridos y a llevarse a los muertos. Todo el mundo fue ocupado en ello. Su marido, los oficiales de la relojería, hasta los criados llevaban agua... cuando aún no había pasado una hora, y otra vez el ruido de los motores...

—¡Bien cargados venían ahora y por eso volaban bajo!

Mucha gente huyó al campo, a tirarse entre los surcos, pero no dio tiempo a nada... Otra vez cayeron las bombas con un ruido espantoso, volaron astillas y tejas, y durante unos segundos aquello fue el infierno...

—¡Qué horror, compañera! ¡Qué horror!

Se fueron y la gente que había quedado viva no se atrevía a moverse... Más de una hora pasó hasta que los gritos que daban los heridos decidieron a unos cuantos a salir... Y vino la Cruz Roja, y los médicos...

De pronto comenzaron a decir que en la carretera había camiones... que había orden de evacuar la ciudad en tres horas... que había que irse...

—¡Figúrese usted, con mis siete hijos, sin equipaje, a la ventura!

Ella se resistía a salir, lloraba, se desesperaba... los chicos al verla lloraban también...

—Pero mi marido es muy hombre, ¿sabe usted?, y cuando llega el momento, se impone a todos: «¡Aquí hay que irse ahora mismo porque lo mando yo!».

Las calles eran ríos de gente que iba hacia la carretera... No se lloraba, no. Las mujeres, con sus chicos en brazos, y los hombres, bien serios... bien responsables en aquella hora tremenda.

Los camiones, conducidos por milicianos, se llenaban hasta no poder más y se iban... y más camiones, y más, y más... Nadie sabía dónde iban, ni siquiera se les ocurría preguntarlo.

—Y ya ve usted, yo que tenía siete hijos, ahora tengo ocho, porque se me unió otra criatura... No saben dónde está la madre...

Sorne Unzueta (1900 – 2005)

ARTXANDA (1952)

ESPAÑA – profesora y escritora

Euzko Gogoa, 1952 epaila-yorrraila, 3-4 zb, III urtea, 4. or.

Euzko-Deya, 1952 junio, 59 zb., Paris XVI, Suplemento del nº 348, 6 or.

—Ama, eztoz gaur ikusten
geure ikurriña
goiz gustitan bezela
mendi ganian.
¿Zer jaso ete da?

—Ene seme egazkiñak
atzo ixan dira ainbeste
bai, ain sarritan!

—Bost bidarrez amatxu
galduta giñan
Artxanda'n. Eurek jabe
ta gu menpian.
Eguzkijaz batera,
jagiten nintzan
mendi ori ikusteko.
Egun barrijak
ekarran beti poza.
Geure ikurriña
Artxanda-ganez beti
egaz... jaubia!

—Ezin betiko eutsin...
Galdu, geuriak...
geyenak, zaurituta
bestiak ilda...

Atzerritarrak doguz
orain jaubiak.

Geldirik eta ixillik
egon etxian.

—Ezin, ezin, amaxu,
ezta ori egija!
¿Bixirik euzkotarrak
orren menpian?

Entzuten dot, bai, entzun
abesten gudariak
geruago ta urrago
goraltzen aberrija.

—Etsayak arrapauta
geure gastiak
¡gaxuak! daruela
tarrantaz ildegira.
Laster orman onduan
ene semia,
suzkillukaz erailda
jausiko dira...

—¡Abestu, aintzaldu Euzkadi
anai zintzuak!
Ama itxi naixu, urteten.
Eurekaz nua.

— — —

ARTXANDA (traducción)

- Madre, no veo hoy
nuestra ikurriña
como cada mañana
en la cima del monte.
¿Qué habrá pasado?

- Hijo mío, ¡ayer
pasaron muchos aviones,
sí, y tantas veces!

- Cinco veces, mamá,
nos vimos perdidos
en Artxanda. Ellos dueños
y nosotros dominados.
Me levantaba
con el sol
para ver ese monte.
El nuevo día
traía siempre alegría.
Nuestra ikurriña
en la cima siempre
volaba... ¡dueña!

- No se puede resistir siempre...
Perdieron los nuestros,
la mayoría heridos,
el resto muertos...
Los dueños ahora
son extranjeros.

Quédate en casa,
quieto, en silencio.

— No puedo, no puedo, madre,
no es verdad eso.
¿Cómo vamos a vivir los vascos
bajo sus pies?

Estoy oyendo, sí, ya oigo,
cantar a los gudarís,
cada vez más cerca
alabando a la patria.

— El enemigo apresa
a nuestros jóvenes
¡pobres! Se lo lleva
a rastras al matadero.
Pronto junto a una pared,
hijo mío,
caerán
abatidos por armas de fuego.

— ¡Cantad, glorificad a Euskadi,
nobles hermanos!
Déjame salir, madre,
me voy con ellos.

Isabel Oyarzábal de Palencia (1878 – 1974)

***En mi hambre mando yo* (1959)**

ESPAÑA – traductora, periodista y diplomática

La guerra se había perdido, ya no había modo de ignorarlo y menos que nadie él, él que llevaba cosido entre los forros de la chamarra un documento que le habían entregado en la zona enemiga y que era contestación al mensaje que días antes había llevado a una persona que estaba ayudando a la República tras las filas de combatientes. La elección de mensajero para tal menester había recaído en Ramón; y orgulloso de la confianza depositada en su persona, había salido para el campo rebelde acompañado de dos oficiales jóvenes de probada lealtad. Arrastrándose por el enlodado terreno durante dos noches consecutivas, habían llegado al lugar en donde debía de celebrarse una entrevista con quien les daría la contestación a las preguntas que llevaban ellos.

La segunda noche y ya a punto de arribar a su destino, se desató junto a ellos un intenso tiroteo. Ramón hundió la cabeza en el fango y lo mismo hizo uno de sus acompañantes. El otro, menos dueño de sí, empezó a incorporarse con intenciones de huir, y varios proyectiles perforaron su cuerpo haciéndole rodar por el suelo.

Durante unos instantes Ramón y el otro oficial permanecieron inmóviles, luego, en vista de que la agresión no se repetía, se incorporaron levemente.

- ¿Lo habrán matado? Preguntó Ramón entre dientes-

- Me temo que sí – y luego con rabia concentrada murmuró:- Canallas...

Esperaron un rato aún y al fin se atrevieron a acercarse al muchacho. Este había caído con la cara contra el suelo. Cuando le incorporaron se dieron cuenta de que la muerte había sido instantánea. A pesar de la oscuridad reinante, se veía con claridad, el rostro del muerto, de una lechosa blancura. Era muy joven.

Convenía retirar el cadáver de ahí, que no quedara rastro de aquella muerte prematura de la que no conocerían los detalles sus allegados. Su nombre solo figuraría, con el tiempo, en las tétricas listas de todas las guerras, las de los “desaparecidos”. ¿Quién iba a dar cuenta del ser que antes de emprender aquella “acción” oscura se había desprendido, como los otros, de cuántos indicios de su personalidad podían pasar a manos del enemigo, caso de caer en

el poder de éstos? En unos matorrales próximos quedó depositado el cuerpo juvenil que se había sacrificado en vano.

Llegados algunas horas después a su destino, Ramón y su acompañante entregaron al que habían ido a ver, el pliego secreto que llevaban. Aquel hombre vestido de campesino, ya con bastantes años encima, leyó atentamente el escrito; y luego, con gran deliberación y ante la estupefacción de los otros dos lo arrugó furiosamente entre sus dedos, se inclinó hasta casi tocar el suelo con el rostro y encendiendo un fósforo, cuya llama procuró ocultar con las manos, le prendió fuego.

Ramón no despegó al principio los labios al cabo de un rato miró interrogador al hombre y le dijo indeciso:

- ¿Y ahora?

- Ahora nada -contestó el otro con gesto de amarga contrariedad-. Nada... insistió -y tendiéndole un pliego de papel doblado le dijo-: Ahí va la contestación de lo que me han traído y volviéndoles la espalda se alejó lentamente de ellos.

- ¿Nada?... Ramón no esperó más, haciendo una señal a su acompañante emprendió el regreso.

Unos días después llegó a Madrid y entregó en la Jefatura Militar el Pliego recibido. (...) La guerra tocaba a su fin. Dentro de algunos días, unas semanas a lo sumo, a él no le quedaría más alternativa que huir o caer en manos de sus enemigos y ser muerto. Podía ocultarse quizás, pero ¿con qué objeto? ¿Para vivir como un animal perseguido? Huir significaba sumarse a las legiones de refugiados que vagaban por el mundo: hombres sin patria y sin nombres; o acabar, quizás, en un campo de concentración.

Alaíde Foppa (1914 – desaparecida en 1980)

***Aunque es de noche* (1959)**

GUATEMALA – escritora y feminista

Destierro

MI VIDA

es un destierro sin retorno.

No tuvo casa

mi errante infancia perdida,

no tiene tierra

mi destierro.

Mi vida navegó

en nave de nostalgia.

Viví a orillas del mar

mirando el horizonte:

hacia mi casa ignorada

pensaba zarpar un día,

y el presentido viaje

me dejó en otro puerto de partida.

¿Es el amor, acaso,

mi última rada?

Oh brazos que me hicieron prisionera,

sin darme abrigo...

También del cruel abrazo

quise escaparme.

Oh huyentes brazos,

que en vano buscaron mis manos...

Incesante fuga

y anhelo incesante

el amor no es puerto seguro.

Ya no hay tierra prometida

Para la esperanza.

Rosario Castellano (1925 – 1974)

“Monólogo en la celda”, *Lívida luz* (1961)

MÉXICO – escritora, periodista y diplomática

Se olvidaron de mí, me dejaron aparte.

Y yo no sé quién soy

porque ninguno ha dicho mi nombre; porque nadie
me ha dado ser, mirándome.

Dentro de mí se pudre un acto, el único
que no conozco y no puedo cumplir
porque no basta a ello un par de manos.

(El otro es el espacio en que se siembra
o el aire en que se crece
o la piedra que hay que despedazar.)

Pero solo... Y el cuerpo
que quisiera nacer en el abrazo,
que precisa medir su tamaño en la lucha
y desatar sus nudos
en un hijo, en la muerte compartida.

Pero solo... Golpeo una pared,
me estrello ante una puerta que no cede,
me escondo en el rincón
donde teje sus redes la locura.

¿Quién me ha encerrado aquí? ¿Dónde se fueron todos?
¿Por qué no viene alguno a rescatarme?

Hace frío. Tengo hambre. Y ya casi no veo
de oscuridad y lágrimas.

Carlota O'Neill (1905 – 2000)

Romanza de las rejas (1964)

ESPAÑA – escritora y periodista

“Las llaves”

¡Tlin!... ¡Tlin!... ¡tlinnnnnnnnnn!

Ellas tienen su idioma; su musicalidad.

También poseen psique. Al menos, se la atribuyen los presos.

Salen al encuentro del prisionero, cantando su romanza triste, y en la toma de contacto de su sonido, se presiente toda la cárcel.

No se las olvida jamás.

A veces, en el sueño, su música agorera nos agita convulsas.

También son pesadilla. Y el sueño de la vida se enriquece con un nuevo dolor.

¡Tlin!... ¡Tlin!... ¡Tlinnnnnnnnnnn!

Dicen las llaves -voces melancólicas con dejos de fatalidad y phatos-.

El que en su secreto no ha penetrado, hallará sin sentido la romanza sin palabras.

Pero expresan: “Llega con vosotras otra mujer. No fue culpa nuestra traéros-la. Nosotras no buscamos a nadie, es la resaca de la vida la que la ha depositado aquí.”

El llanto de la mujer hace dúo con ellas.

Las guardas penetran en la cerradura con sonidos estridentes, acidulados. Cada vuelta es un nudo que se ata en la nueva libertad perdida. El alerta grita y la novel prisionera, al sentir crujir hierro con hierro, presiente su desolación y chilla gritos inútiles.

Las llaves se alejan. Han cumplido su misión.

También saben motivos alegres.

Se apiñan unas con otras, como niñas en el corro, al entonar la copla de la libertad. Tienen tintineo de ilusión como campanitas de cristal.

¡Vamos pronto! Y con Horacio apremian. ¡Aprovecha el día que pasa! El momento que pasa. La fortuna que espera. ¡Ay! No hagas aguardar a la fortuna.

Se agitan inquietas hasta que se las llevan.

En las horas de las comidas, traen con el rancho, runruneo monótono. Nadie les presta atención, lo que se sabe no interesa.

El corazón brinca y golpea en el pecho, cuando llaman para la declaración. Se las mira con rencor.

¿Para qué vinisteis a abrirme la puerta?

¡Qué inocente eres! Siempre empeñada en que nosotras somos. Con lo tranquilas que estábamos sesteando colgadas en el clavo junto al rastrillo. Llegó un coche a la puerta; nos desperezamos pensando: ¿A quién tocará?

No es culpa nuestra.

Al retorno, en su indisoluble compañía, interrogan en confidencia.

¿Qué tal? Claro, mujer. Ya lo suponíamos. Ten paciencia. Es que la suerte se divierte con sus jugarretas.

¿Vendréis pronto a abrirme?

Cuando menos lo pienses.

Eso no es nada. No significa algo definitivo.

Eso es todo.

Qué deseos tengo de perderos de vista -y de oídos-.

Es natural, murmuran al crujir la cerradura.

Un día estábamos muy próximas. Demasiado. Las pupilas se clavaban sobre ellas. Recibían el aliento. El hierro penetraba, Oxidaba.,

El calvario comprendió y, deseoso de satisfacer el pueril capricho de mujer, las dejó un minuto entre las manos pequeñas. Las manos se enhielaron; las llaves se estremecieron. Nunca habían caído en tan blanda cuna.

Llaves fuliginosas al eco de su misión. Sus formas desmesuradas se escapaban con el desgarramiento trágico de todo un símbolo: la prisión.

Quietas, avergonzadas de su arritmia y fatalidad, enmudecían en latente captación de la repugnancia que inspiraban a su transitorio alojamiento.

Los ojos se cerraron. En el largo minuto, quemaron la sensibilidad.

Al oprimirlas, para devolverlas, chocaron entre sí -quejido asténico-.

Aquellos trozos de hierro fueron arrancados de lo profundo de la tierra; sometidos al rojo, a las corrientes de aire; al martillo pilón. El cerrajero les dio la forma.

¡Entre todos les trazaron el destino!

María Teresa León (1903- 1988)

Memoria de la melancolía (1970)

ESPAÑA - escritora

El fin de nuestra guerra fue tan espantoso como esas tragedias colectivas que luego ocupan su lugar en la escena. Pensad en los miles y miles de seres que se acercaron en Alicante hasta la orilla del mar convencidos de que no iban a ser abandonados por los países democráticos, convencidos de que llegarían a los barcos que no llegaron nunca. Pensar en los suicidios de la desesperación. En la agonía de los que se tiraban al agua para alcanzar la lancha del barco inglés que llegó con la orden de no recoger estrictamente nada más que a los miembros de la Junta de Defensa de Madrid. ¿Y los otros? (...) Comenzó por toda España la caza del hereje, del comunista, del soldado republicano, del que no estaba casado por la iglesia, del que leía libros prohibidos, del que expresaba su descontento hasta por escrito... ¿cómo fiarse de esa gente que han combatido a Dios?, decían las viejas. No servía ningún argumentario. Dios únicamente está con Franco, le contestaron a una amiga mía que tenía a sus hijos en ambos campos. Y es que el frenesí español no se parece a ningún otro. (...) ¿Será verdad que hay más de trescientas cárceles, que más de veinte mil mujeres están detenidas, que los campos de concentración son como rediles de ovejas sobre las que se dispara sin aviso? Comenzaban a llegar las noticias de la violencia horrible, de la venganza como ni la imaginación pensó nunca. (...) Era muy sencillo cerrar los ojos a lo que en España estaba sucediendo, aceptando la farsa de la legalidad, de la tradición religiosa de la España una y eterna, de que la victoria militar se cimenta siempre sobre los muertos. Volvió a usarse el nombre de Dios para matar. En las cárceles hubo curas que abofeteaban a los condenados a muerte porque no querían confesarse. Pero ¿para qué quiere usted encontrarse con ese en el cielo, padre? Déjelo que se condene. La burla y la muerte. Durante años ha habido condenados a muerte hundidos en la sombra, sin derecho a la luz como en la Edad Media, aguardando como una liberación que pronunciasen su nombre y salir a morir bajo el cielo. ¡Años y años! Condenas de años y años acumulados. Por blasfemar, un año más. ¿Y qué quieren ustedes que hagan si los condenan en nombre de Dios? Recuerdo que el padre de un amigo nuestro cayó sin vida al oír la condena a

muerte de su hijo de diecisiete años. Y tantos, tantos... No podíamos dormir. Nos parecía que traicionábamos con nuestra suerte de respirar aún a tantos compañeros hundidos en la sombra de las cárceles. ¡Cuántos cientos de miles de muertos! ¡Cuántas fuerzas perdidas! ¡Cuánto dolor inútil! Y nunca una palabra de piedad dicha por nadie...

Alcira Soust Scaffo (1924 – 1997)

Poesía en armas (1972)

URUGUAY – poeta y profesora

“Que golpee el martillo”

POESIE POUR ACCOMPAGNER LA MARCHE D'UNE RECITATIO EN
L'HONNEUR DE LA MER (1)

Saint-John Perse
“ALLA NUOVA LUNA”

A mi pueblo
Que golpee el martillo
Que ruede la rueda
Que el capullo se haga flor
Que la hoz no se detenga

Que enmudezca la campana
Que el macho busque a-la hembra
Que como el agua en el río
Corra la sangre en las venas

Que tu sangre con mi sangre
Forman un río en la arena
Y el río que va a-la mar
Encienda de amor! la tierra

Que la cruz desaparezca
Por cada cruz una estrella!
soles! lunas y planetas!
Así sea.

Las luminarias en ronda
giran en torno a-la luna

giran en torno de el sol
giran en torno a-la tierra
y rueda la rueda...

Ángela Jeria (1926 – 2020)

Chile denuncia y testimonio (1974)

CHILE - arqueóloga

El viernes 10 de enero de 1975 agentes de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) se presentaron en nuestro domicilio en Santiago con una orden de allanamiento a nuestro departamento y de detención contra mi hija Michele y yo. (...) Fuimos trasladados en auto a un lugar de Peñalolén donde funciona un centro de torturas (Villa Grimaldi, altura del 8.000 de la calle Arrieta). Se nos colocó papel engomado en los ojos y anteojos oscuros.

No se nos permitió llevar nada cuando salimos del departamento, salvo la ropa que llevábamos puesta y nuestras carteras, pues según se nos dijo se trataba de una declaración que tomaría poco tiempo y que nuestra detención se debía a que habíamos sido mencionadas en interrogatorios efectuados a algunos detenidos.

En el centro de torturas fuimos sometidas a violentos interrogatorios en los que el cargo principal era tener contactos con la resistencia y haber entregado a la izquierda chilena todos los antecedentes sobre el proceso seguido contra oficiales y suboficiales de la Fuerza Aérea de Chile, cargos que no negué haciendo hincapié en que se trataba de un proceso público cuyo conocimiento era importante para demostrar la arbitrariedad, aberración e injusticias cometidas especialmente en lo que se refería a mi marido el General Alberto Bachelet M.

En conocimiento de la casi total autonomía que goza la DINA insistí en que no hablaría una sola palabra más sin la presencia de mi abogado y exigí se informara de nuestra detención al General Leigh y al General Berdichewsky. Inexplicablemente esto pareció desconcertarlo y procedieron a llamar al General Leigh quien al parecer ya estaba en conocimiento de lo sucedido.

Después nos separaron a mi hija y a mí y no tuve más noticias de ella hasta el martes siguiente, cinco días después. Como a las 22 horas una persona a la que llamaban Pablo me sacó violentamente del lugar donde me habían dejado sentada y me condujo por un camino de tierra y piedras, obligándome a andar rápidamente, a pesar de tener la vista tapada, diciéndome que saltara y me agachara más y más. Me di cuenta de que solo trataban de asustarme y colocarme en actitudes ridículas por lo que le expresé que solo lo haría si él hacía

lo mismo y que conocía esas prácticas por experiencias sufridas por mi marido. Eso lo molestó bastante y después de una discusión no insistió en ello.

Me condujo finalmente a la presencia de una persona que se autodenominó "Coronel" y quien me sometió a un nuevo interrogatorio y careo con otros detenidos, todos vendados también. Fue un interrogatorio largo, tendiente. Quebrar psicológicamente mediante amedrentamiento, burlas, gritos y amenazas. Al no conseguir su objetivo cambió de táctica tratando de hacerme confesar lo que él quería, pero con tono amable. Finalmente, cerca de las 24 horas, creo yo, volvió a amenazarme, diciendo que en ese lugar tenían métodos científicos para hacer hablar, no como los burdos métodos de la Academia de Guerra Aérea, y que aquí todo el mundo hablaba. Me amenazó con torturas a mi hija y a mí y me aconsejó que la convenciera para que confesara su supuesta conexión con la izquierda.

Me entregó luego al cuidado de unos guardias quienes me quitaron el papel engomado y me colocaron una venda sucia con la indicación que no podía sacármela en ningún momento, ni siquiera para dormir, bajo amenaza de malos tratos.

Me condujeron luego hasta mi celda, una pieza de 1,80, por 1,20, más o menos, donde había un camarote de fierro, un colchón y una frazada. Esta pieza no tenía ventanas, y por lo tanto era como un cajón sin luz ni ventilación, en ella permanecí durante cinco días totalmente a oscuras y sola.

Me llevaban un pequeño tarro de café y un pan duro a las 8 a.m. Alrededor de las 16 horas, almuerzo. Me parece que se les olvidaban que yo existía porque a veces me llevaban un plato de comida como a las 11 de la noche. Debido a que durante un día completo no me llevaron al baño y después solo cuando se les antojaba, no me atrevía a comer, y además, por razones obvias, casi no comía pues en esas condiciones no se siente deseos de hacerlo.

El día después me trasladaron por algunas horas a una bodega, donde me dejaron sentada en una silla. Supe después que esa era una de las piezas de tortura eléctrica. Esa bodega quedaba al lado de partes donde se hacían muchos de los interrogatorios. A través de las juntas de las tablas pude observar sus brutales procedimientos de interrogación y su tratamiento soez y obsceno. Constantemente, especialmente en las noches, se oían los gritos, ahogados por toallas que introducían en la boca de las mujeres y hombres

torturados en lo que ellos llamaban “la parrilla eléctrica”. Se trata de un somier metálico en el que los detenidos son amarrados desnudos, piernas y manos abiertas, y donde se les aplica electricidad por todas partes del cuerpo. La primera vez que oí los gritos creí que se trataba de perros o gatos heridos.

En ese centro de tortura, no hay agua potable, por lo que las condiciones higiénicas son espantosas. Lo único que pude obtener para lavarme en esos cinco días de mojar el pañuelo en un agua oscura que había en un tarro en el baño y el último día, en que uno de los guardias me facilitó un poco de agua.

Desde la bodega podría ver a los detenidos. Los que llevaban días y meses allí, tienen un aspecto lamentable. No es posible conocer cuál es el color original de su ropa, se ven sucios, malolientes, constantemente engrillados y vendados.

Al quinto día me sacaron a un nuevo interrogatorio en el que mantuve mi declaración inicial. No insistieron en las nuevas acusaciones y su actitud era distinta. Trataban de parecer amables y se disculpaban por las malas condiciones higiénicas del lugar. Todo ello producía gran indignación pues los que pretendían ser amables debían ser los mismos a quienes yo había visto tratar tan brutalmente a los detenidos.

Terminada mi declaración se me informó que me trasladarían a otro lugar en donde estaría en mejores condiciones. Les insistí en mi decisión de no moverme de allí si no era en compañía de mi hija. Me dieron seguridad de ello y por primera vez me permitieron cambiar unas palabras con ella, sin vernos, pues ambas seguíamos vendadas.

(...) El día 30 de enero, a las 6 de la tarde fui sacada apresuradamente de Cuatro Álamos y conducida sin ninguna explicación al edificio de identificaciones en donde me dejó en manos del personal de Interpol. Ahí se me comunicó que estaba expulsada del país y que viajaría al día siguiente. (...)

Desearía haber podido transmitirles a través de estas apresuradas líneas todo el ambiente de horror, angustia, y tensión que se vive en esos centros de detención, pero quizás como un mecanismo de autodefensa, uno conscientemente se niega a revivirlos.

Pero eso sí, puedo asegurarles, se tiene la certeza que nuestra lucha es la justa y que no se puede escatimar esfuerzos para lograr que se restablezcan los derechos humanos en Chile, tan brutalmente violados por la junta militar.

(Declaración de la viuda del General de Aviación Alberto Bachelet)

Montserrat Roig (1946 – 1991)

Els catalans als camps nazis (1977)

ESPAÑA – escritora (catalán)

Els qui vam néixer després de 1939 hem hagut d'anar desbrossant el nostre passat recent, un passat que ens ha deixat massa tares per a poder restituir del tot la nostra salut històrica. Som ignorants, amb consciència o sense consciència. Si en tenim consciència, patim de rancúnia i malhumor. A qui li agrada, si no, haver estat educat com un beneit o una beneita? A banda l'atracció que sento pel món de la ficció, sempre m'he sentit atreta per la història del meu país. El silenci que han fet planar per damunt dels catalans, dels republicans, dels vençuts de la guerra, m'ha semblat, tot sovint, que era un silenci que volien fer planar per damunt dels meus i de mi mateixa. Veia que si no retornàvem la paraula als qui l'havien de tenir quan els pertocava, nosaltres no la tindríem mai en la seva totalitat. Però hi ha silencis que són més feixucs que d'altres. Si damunt de la nostra Guerra Civil hi ha hagut una boira fictícia però densa, hi ha aspectes del nostre passat recent que semblen haver estat engolits per l'absurd, pel no-res. Aquest és el cas dels catalans antifeixistes que patiren la deportació als camps nazis. M'he trobat, tot sovint, amics que m'han dit, en saber que estava escrivint un llibre sobre aquest tema:

—Ah! Però és que hi va haver catalans als camps nazis?

Ulls astorats i ais d'esgarrifança s'han succeït quan he fet en públic alguna conferència sobre els catalans que van passar pels camps d'extermini nazi. (...) L'obra tracta dels ciutadans dels Països Catalans, nascuts o immigrants en aquestes terres, que patiren la deportació als camps nazis. No hi ha, però, cap intenció de distingir el comportament d'aquests amb els ex-deportats de la resta de l'Estat espanyol. Tots feren possible, en parts exactament iguals, que el combat per la llibertat tingués un final feliç. No podem oblidar aquí els ex-deportats d'altres pobles i nacionalitats de l'Estat espanyol, companys de captivitat dels testimonis catalans."

TRADUCCIÓN

Montserrat Roig (1946 – 1991)

Els catalans als camps nazis (1977)

ESPAÑA – escritora (catalán)

Quienes nacimos después de 1939 hemos tenido que ir desbrozando nuestro pasado reciente, un pasado que nos ha dejado demasiadas taras para poder restituir del todo nuestra salud histórica. Somos ignorantes, con conciencia o sin conciencia. Si tenemos conciencia, sufrimos de rencor y malhumor. ¿A quién le gusta, si no, haber sido educado como un tonto o una tonta? Aparte de la atracción que siento por el mundo de la ficción, siempre me he sentido atraída por la historia de mi país. El silencio que han hecho planear por encima de los catalanes, de los republicanos, de los vencidos de la guerra, me ha parecido, a menudo, que era un silencio que querían hacer planear por encima de los míos y de mí misma. Veía que si no devolvíamos la palabra a quienes debían tenerla cuando les correspondía, nosotros no la tendríamos nunca en su totalidad. Pero hay silencios más pesados que otros. Si encima de nuestra Guerra Civil ha habido una niebla ficticia, pero densa, hay aspectos de nuestro pasado reciente que parecen haber sido tragados por lo absurdo, por la nada. Éste es el caso de los catalanes antifascistas que sufrieron la deportación a los campos nazis. Me he encontrado, a menudo, amigos que me han dicho, al saber que estaba escribiendo un libro sobre este tema:

—¡Ah! ¿Pero es que hubo catalanes en los campos nazis?

Ojos asombrados y caras de escalofrío se han sucedido cuando he dado en público alguna conferencia sobre los catalanes que pasaron por los campos de exterminio nazi. (...) La obra trata de los ciudadanos de los Países Catalans, nacidos o inmigrados en estas tierras, que sufrieron la deportación a los campos nazis. Sin embargo, no hay ninguna intención de distinguir el comportamiento de éstos con los ex-deportados del resto del Estado español. Todos hicieron posible, en partes exactamente iguales, que el combate por la libertad tuviera un final feliz. No podemos olvidar aquí a los ex-deportados de otros pueblos y nacionalidades del Estado español, compañeros de cautividad de los testigos catalanes.”

Juana Doña (1918 – 2003)

Desde la noche y la niebla, introducción (1978)

ESPAÑOLA - dirigente comunista, feminista, sindicalista y escritora española

“Hace diez años, cuando escribí este relato ya me urgía que se conociera todo el horror de veinte años en las cárceles franquistas de mujeres; tenía la vana pretensión de que alguna editorial hiciera una edición “pirata”, pero las editoriales no hacían “piraterías” tratándose de una “cosa” de mujeres, decían que no “estaba el horno para bollos” y... así era. Pero por aquella época ya circulaban por el país libros-testimonios, denuncias, relatos y toda clase de escritos contra la dictadura. Se contaban las epopeyas de las cárceles masculinas y las heroicidades de sus protagonistas, se rompía el cerco de la censura y en la más negra clandestinidad se divulgaban acciones y sufrimientos protagonizados por los luchadores-hombres. Rara vez se hablaba o escribía sobre las heroicidades de las luchadoras-mujeres.

Se puede contar con los dedos de las manos, lo que fuera y dentro del país se ha impreso para denunciar y poner al desnudo las iniquidades que las mujeres han sufrido y sufren en las cárceles de nuestra geografía. A las mujeres se les ha dedicado unas líneas apenas, en ese río de volúmenes que se ha escrito sobre la guerra civil y la resistencia en nuestro país.

Sin embargo, por las prisiones han pasado miles y miles de mujeres; no ha habido una sola lucha antifascista donde las mujeres no hayan participado. Ellas han estado presentes desde las primeras organizaciones clandestinas, que empezaron a montarse en el mismo trágico verano de 1939, hasta en los riscos de las montañas como guerrilleras; a lo largo de casi cuarenta años de lucha contra el franquismo, no han sido sólo colaboradoras, sino organizadoras de la resistencia, han sido una cantera inagotable que ha nutrido la diversidad de formas clandestinas a lo ancho y a lo largo de nuestro país.

En todas las “caídas” ha habido mujeres y han sido medidas con una vara más larga aún que los propios hombres, porque hay torturas y humillaciones que sólo pueden infligirse en el cuerpo de una mujer.

En los casi cuarenta años de dictadura y resistencia las mujeres han estado presentes, pero eso sí, nunca han sido “cabeza de expediente”, casi

ninguna dirigente con rango nacional o internacional, sus heroicidades y entregas han sido de segunda fila y a pesar de poblar las cárceles y los penales, bastaba con menciones esporádicas.

(...) Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanas, mujeres del pueblo, todas sufrieron la desatada represión de ese vendaval, juntas, hacinadas y hambrientas lo perdieron todo menos su valerosa resistencia, para ellas va dedicado este pequeño testimonio, amasado en las penas y la solidaridad.

María Elena Walsh (1930 – 2011)

Como la cigarra (1979)

ARGENTINA - poeta, escritora, cantautora y dramaturga

Tantas veces me mataron
Tantas veces me morí
Sin embargo, estoy aquí
Resucitando

Gracias doy a la desgracia
Y a la mano con puñal
Porque me mató tan mal
Y seguí cantando

Cantando al sol como la cigarra
Después de un año bajo la tierra
Igual que sobreviviente
Que vuelve de la guerra

Tantas veces me borraron
Tantas desaparecí
A mi propio entierro fui
Sola y llorando

Hice un nudo en el pañuelo
Pero me olvidé después
Que no era la única vez
Y seguí cantando

Cantando al sol como la cigarra
Después de un año bajo la tierra
Igual que sobreviviente
Que vuelve de la guerra

Tantas veces te mataron
Tantas resucitarás
Tantas noches pasarás
Desesperando

A la hora del naufragio
Y la de la oscuridad
Alguien te rescatará
Para ir cantando

Cantando al sol como la cigarra
Después de un año bajo la tierra
Igual que sobreviviente
Que vuelve de la guerra

Aída Cartagena Portalatín (1918 -1994)

***Yania tierra*. Poema documental (1981)**

REPÚBLICA DOMINICANA - poeta, narradora y ensayista

Cantan a las Mirabal

Estaba Minerva? Estaba

Estaba Patria? Estaba

Estaba María Teresa? Estaba

Estaban las Mirabal

encendido en cada pecho

el dolor / la cruz

chorro de sangre los ojos

lágrimas de tantos huesos

cenizas de tantos muertos bajaban

por sus tres caras.

Era sangre de los mártires

callados por el terror

y la muerte.

Las tres amaban la Patria

el tambor / la libertad.

Las tres rodaron / cada una

era bandera.

Una bandera muy grande

que aprisionaba sus cuerpos

con la carne destrozada.

Donde flotan las banderas

lloran por la libertad Minerva/Patria/María Teresa.

“Que bellas en el tope” están

las hijas de Doña Chea,

madre de las Mirabal.

Carmen Martín Gaité (1925 – 2000)

Usos amorosos de la posguerra española (1987)

ESPAÑA - escritora

Al concluir la guerra civil española, yo tenía trece años; y toda la década siguiente —durante la cual pasé de niña a mujer, empecé a «alternar» con personas del sexo contrario y terminé mi carrera de Letras en Salamanca— estuvo marcada por una condena del despilfarro. La propaganda oficial, encargada de hacer acatar las normas de conducta que al Gobierno y a la Iglesia le parecían convenientes para sacar adelante aquel período de convalecencia, insistía en los peligros de entregarse a cualquier exceso o derroche. Y desde los púlpitos, la prensa, la radio y las aulas de la Sección Femenina se predicaba la moderación. Los tres años de guerra habían abierto una sima entre la etapa de la República, pródiga en novedades, reivindicaciones y fermentos de todo tipo, y los umbrales de este túnel de duración imprevisible por el que la gente empezaba a adentrarse, alertada por múltiples cautelas.

Prohibido mirar hacia atrás. La guerra había terminado. Se censuraba cualquier comentario que pusiera de manifiesto su huella, de por sí bien evidente, en tantas familias mutiladas, tantos suburbios miserables, pueblos arrasados, prisioneros abarrotando las cárceles, exilio, represalias y economía maltrecha. Una retórica mesiánica y triunfal, empeñada en minimizar las secuelas de aquella catástrofe, entonaba himnos al porvenir. Habían vencido los buenos. Había quedado redimido el país. Ahora, en la tarea de reconstruirlo moral y materialmente, teníamos que colaborar con orgullo todos los que quisiéramos merecer el nombre de españoles. Y para que esta tarea fuera eficaz, lo más importante era el ahorro, tanto de dinero como de energías: guardarlo todo, no desperdiciar, no exhibir, no gastar saliva en protestas ni críticas baldías, reservarse, tragar.

Las consignas que durante la guerra habían instado al ciudadano de la retaguardia a apretarse el cinturón se materializaron ahora en dos palabras clave: «restricción» y «racionamiento».

A la sombra de esta doctrina restrictiva, fuimos creciendo los niños y niñas nacidos antes de la guerra civil, aprendiendo de mejor o peor gana a racionar las energías que pudieran desembocar en la consecución de un placer inmediato.

Despilfarrar aquellas energías juveniles, a cuya naturaleza no se podía aludir tampoco más que mediante eufemismos, se consideraba el gasto más pernicioso de todos, el más condenado. Eran energías que había que reservar para apuntalar la familia, institución gravemente cuarteada tras las turbulencias de la contienda reciente, pilar fundamental sobre el que había de asentarse ahora el nuevo Estado español.

Luz Pozo Garza (1922 – 2020)

Muller a facer vento (1998)

ESPAÑA - poeta

Memoria de África

1

A terra nai recoñece ós seus mortos
un por un
no solpor dos camiños Nas pedras arrasadas
Foxen as xentes asumidas na luz que se aniquila
inermes
congregadas no medo No pavor cara á morte
Por que esta sede?
esta inxustiza?
a fame?
Por que este sangue, Deus?
Sangue inocente. Entrañas incendiadas
Na noite dos coitelos
Na mañá dos alfanxes
no tempo que se extingue en alarido...
Quen defende esta causa apocalíptica?
Tanta abominación asoma en bágoas lúcidas
A terra nai recoñece ós seus mortos?

2

Estas xentes sen patria
desgarradas do Sur
semellan ir á morte sen porfía
Un fardel de pavor sobre as costas
famélicas
Meniños e mulleres feitos de fame e pel acribillada
Talvez este exterminio
entenreza por fin os corazóns impúdicos
nunha luz abolida cara á morte
Non hai aves

Nin fontes
nin hai chuvias benéficas
Fuxiron os antílopes e os ibis
que preservan do mal
e fan sacras as augas...
Camiños sen retorno na obstinación
da morte:
ferida placentaria da humanidade toda
Van as nais e os meniños
tal unha flor exigua que se abateu nos límites
para morrer unánime
Mira esa luz que fere mesmamente
nunha terra de fame e exterminio
Hai un bangá continuo que bate
polos mortos
e as nais enxoitan o pavor dos nenos...
Naceu unha meniña
e puxéronlle "Guerra" como nome de pía
A outro recente nado
chamáronlle "Sen Pai"
Un meniño zugaba na teta
da nai morta...
Mais un tam-tam percute nas consciencias
desde o país da fame
Desde a morte
Mais unha flor en tanto violada
declárase en urxencia

TRADUCCIÓN

Luz Pozo Garza (1922 – 2020)

Mujer haciendo viento (1998)

ESPAÑA - poeta

Memoria de África

1

La tierra madre reconoce a sus muertos
uno por uno
en el atardecer de los caminos En las piedras arrasadas
Huyen las gentes asumidas en la luz que se aniquila
inermes
congregadas en el miedo En el pavor hacia muerte
¿Por qué esta sed?
¿esta injusticia?
¿el hambre?
¿Por qué esta sangre, Dios?
Sangre inocente. Entrañas incendiadas
En la noche de los cuchillos
En la mañana de los alfanjes
en el tiempo que se extingue en alarido...
¿Quién defiende esta causa apocalíptica?
Tanta abominación asoma en lágrimas lúcidas
¿La tierra madre reconoce a sus muertos?

2

Estas gentes sin patria
desgarradas del Sur
parecen ir a la muerte sin porfía
Un fardel de pavor sobre la espalda
famélicas
Niños y mujeres hechos de hambre y piel acribillada
Tal vez este exterminio
enternezca por fin los corazones impúdicos

en una luz abolida hacia la muerte
No hay aves
Ni fuentes
ni hay lluvias benéficas
Huyeron los antílopes y los ibis
que preservan del mal
y hacen sagradas las aguas...
Caminos sin retorno en la obstinación
de la muerte:
herida placentaria de toda la humanidad
Van las madres y los niños
tal una flor exigua que se abatió en los límites
para morir unánime

3

Mira esa luz que hiere mismamente
en una tierra de hambre y exterminio
Hay un bangá continuo que toca
por los muertos
y las madres enjuagan el pavor de los niños...
Nació una niña
y le pusieron "Guerra" como nombre de pila
A otro recién nacido
le llamaron "Sin Padre"
Un niño chupaba en la teta
de la madre muerta...
Mas un tam-tam percute en las conciencias
desde el país del hambre
Desde la muerte
Mas una flor entretanto violada
se declara en urgencia

Cecilia G. Guilarte (1915 -1989)

Un barco cargado de... (2001)

ESPAÑA - periodista, novelista, dramaturga, ensayista y profesora

Acuérdate de Irún (21/1/1972)

Otros barcos antes que el Cuba habían cruzado el Atlántico llevándose españoles a puñados al otro mundo, nunca más otro. Porque de verdad, para irse al otro mundo, al definitivo, nunca habían tenido unos españoles tantos caminos abiertos. Volaban desde la desesperación y el asco de los campos de concentración. O salían de allí para morir en la arena ardiente, siempre el horizonte cerrado por alambradas, construyendo el ferrocarril Transahariano. En la heroica e inútil defensa de Noruega en Dunkerke. En cualquier lugar de Europa morían; con coraje de españoles y para gloria ajena. Hasta sin recuerdo quedaron, porque nadie se tomó el trabajo de contarlo. Bueno, en Noruega sí... la embajadora norteamericana dio al mundo una cifra: 800 republicanos españoles muertos en unos días, en la batalla desesperada de Narvik.

También murieron en los campos de concentración alemanes; pero eso ocurrió después. A mí, ni en 1939 ni en el 40 me cabía en la cabeza la idea de que todos los españoles refugiados en Francia nos teníamos que ir a América. Mi marido y yo no hacíamos más que inventar circunstancias que nos permitirían regresar a España. Inventábamos tantas, que no era posible que fallaran todas. En Biarritz, donde vivíamos, nuestros amigos aseguraban que estábamos chalados. Mi hermano Ricardo nos lo repetía por escrito, desde el campo de concentración de Gurs. Luego, al comenzar la guerra, lo sacaron de allí, y lo llevaron a una fábrica de aviones. Creo que ni él ni nosotros supimos nunca con seguridad en qué lugar de Francia. Nos decían que su condición de preso en Gurs se había agravado con la condena a trabajos forzados. Y como estaba incluido en nuestra documentación familiar, nos urgía para que gestionáramos la marcha a América. Fue a causa de él que mi marido hizo la solicitud para ir a México.

A mí eso me entristeció. Y en ese estado de ánimo casi me molestaba que dijeran que teníamos que empezar una vida nueva en América. Es posible que ellos tuvieran razón, pero yo no la veía. La verdad es que yo, a los veintitrés años, no deseaba una vida nueva. No era precisamente buena la que tenía, pero

me habría acostumbrado a ella. Tenía curiosidad por saber lo que daba de sí tal como era.

Luego, por aquello de que “si tus males tienen remedio ¿por qué lloras? Y si no tienen remedio ¿por qué lloras?” Me hice fuerte para aceptar con buen humor las cosas tal y como iban llegando, sin romper nada para empezar de nuevo, solo siguiendo el hilo.

La solicitud enviada a un “influyente” de París era como una moneda en el aire. Mi marido, acaso para que me acostumbrar a la idea, decía que el viaje estaba asegurado; pero yo sabía que estas solicitudes se estaban haciendo casi desde que entramos en Francia, especialmente desde los campos de concentración y que, por alguna razón que yo desconocía, las cosas iban muy lentas o simplemente no iban.

Matilde Elena López (1919- 2010)

Obra escogida (2007)

EL SALVADOR – poetisa, ensayista y dramaturga

Pasionaria

Ya mi vida trazó su línea pura
que conduce a la vía de tu lucha.
Ya olvidé mis anhelos egoístas,
las dudas y el amor de cauce oculto.
¿Quién no rechaza hasta su propio nombre
al pronunciar el tuyo, Pasionaria?
¿Quién no abandona el muelle de los sueños
para anclar en los mares de tu angustia?
Tú inflamas como el fuego en la tribuna,
apasionas y arrastras con tus soles.
Levantas multitudes a tu impulso
y arrancas vibraciones en bon vino.
Pasión en el fervor de tu cariño,
y pasión en los odios infinitos.
Hija del pueblo en sus esencias claras,
lirio encendido y ángel vengador.
Tú eres España y más que España: el mundo!,
en sus más altos sueños fraternales.
Tu noble rostro, tu sayal humilde
recogerán los mármoles desnudos.
Relatan los mineros de Vizcaya
tu leyenda de luces prodigiosas.
La cárcel, la condena, la tortura
que ha probado el metal de tu estatura.
En Madrid, en Toledo, en toda España,
en la dura defensa combatiente,
se levanta tu voz de exactos timbres
campana bien fundida en recio yunque.
Dolores combatiente anti-fascista,

recorriendo tenaces disciplinas.
Ángeles de justicia te nombraron
brújula y dirigente de tu pueblo.
Que en nuestro pacto esté presente el nombre
y la fuerza de sus puños apretados
que impulsan el torrente de la historia.

Berta Cáceres (1971 – 2016)

Discurso en el Opera House, San Francisco California al recibir el Premio Ambiental Goldman, el 20 de abril, 2015

HONDURAS – activista medioambiental

En nuestras cosmovisiones somos seres surgidos de la tierra, el agua y el maíz. De los ríos somos custodios ancestrales, el pueblo Lenca, resguardados además por los espíritus de las niñas que nos enseñan que dar la vida de múltiples formas por la defensa de los ríos es dar la vida para el bien de la humanidad y de este planeta.

El COPINH, caminando con otros pueblos por su emancipación, ratifica el compromiso de seguir defendiendo el agua, los ríos y nuestros bienes comunes y de la naturaleza, así como nuestros derechos como pueblos.

¡Despertemos!

¡Despertemos Humanidad!

Ya no hay tiempo.

Nuestras conciencias serán sacudidas por el hecho de solo estar contemplando la autodestrucción basada en la depredación capitalista, racista y patriarcal.

El Río Gualcarque nos ha llamado, así como los demás que están seriamente amenazados. Debemos acudir.

La Madre Tierra militarizada, cercada, envenenada, donde se violan sistemáticamente los derechos elementales, nos exige actuar.

Construyamos entonces sociedades capaces de coexistir de manera justa, digna y por la vida.

Juntémonos y sigamos con esperanza defendiendo y cuidando la sangre de la tierra y los espíritus.

Dedico este premio a todas las rebeldías, a mi madre, al Pueblo Lenca, a Río Blanco y a las y los mártires por la defensa de los bienes naturales.

Almudena Grandes (1960 – 2021)

***Inés y la alegría* (2010)**

ESPAÑA - escritora

...ingresé en la cárcel de Ventas como una más, otra presa anónima entre miles de reclusas de la misma condición, abandonadas a su suerte en unas condiciones más duras que la intemperie. Lo que comíamos no era comida, lo que bebíamos, apenas nada. Tampoco había agua para lavarse, y la menstruación era una tragedia mensual que poco a poco, eso sí, fue remediando la desnutrición. Pasábamos tanta hambre que, antes o después, las más jóvenes acabábamos perdiendo la regla.

En Ventas no cabíamos, no teníamos sitio para dormir estiradas, ni un trozo de muro para apoyar la espalda al sentarnos, ni espacio en el patio para pasear. Cuando nos sacaban fuera, ni siquiera podíamos andar, sólo arrastrar los pies, movernos en masa, a pasitos cortos, como una manada de pingüinos atrapados en un vagón de metro a las siete y media de la mañana. No había aire suficiente para todas en aquel patio que olía a muchedumbre, a invernadero, al sudor irremediable de miles de cuerpos humillados a su propia suciedad. En el mes de mayo ya nos asábamos de calor. Los días eran horribles, las noches, espantosas, pero lo peor era el frío de los amaneceres, la tenaza de hielo que nos agarrotaba la garganta todas las madrugadas, cuando un ruido lejano nos despertaba con la puntualidad de un reloj macabro, y el sol todavía dormía y nosotras no. Todos los días fusilaban a los nuestros a la misma hora, contra la misma tapia del cementerio del Este, tan cerca que ni siquiera el viento o la lluvia nos ahorran el tormento de asistir a distancia a las ejecuciones. Todos los días menos los domingos, porque los asesinos respetaban el precepto del día del señor, nos despertaban las descargas de los fusiles. Todos los días escuchábamos los tiros de gracia, sueltos, aislados, y se nos llenaban los ojos de lágrimas, y nos moríamos de frío durante un instante en el que dejábamos de sentir el calor y nuestro sufrimiento, el hambre, la sed, el miedo, el cansancio.